

MSc. Jorge Aragón
Investigador

Sumak Kawsay como estrategia del contrato social metropolitano

En una entrega anterior dentro de la serie IIPS Opina, escudriñamos acerca de la importancia de dirigir la mirada hacia la realidad urbana guatemalteca y, concretamente, los aspectos relacionados con la gestión del territorio metropolitano. A la vez que importante en términos de la discusión propiamente académica en tanto ejercicio intelectual, la expansión urbana de ciudad Guatemala observada desde mediados del siglo es hoy una oportunidad para dirigir cursos de acción hacia su planeamiento a futuro. Planeamiento que por supuesto debe estar asociado a gestión pública territorial basada en una gobernanza que garantice mecanismos redistributivos y colaboraciones intermunicipales. A través de una participación sinérgica a nivel intrasocietal es posible pensar en una metrópoli fortalecida social y políticamente.

Desde tal perspectiva, el hecho metropolitano no se reduce a una discusión de megaproyectos o actuaciones técnicas urbanísticas (revitalización, recuperación, renovación). Es imprescindible impulsar ejercicios continuos de construcción colectiva que involucren a la sociedad a distintas escalas. Las ciudades y, por extensión, las metrópolis, requieren de mecanismos relacionales que deben ser discutidos y consensuados en el seno de la ciudadanía. Yendo más allá de la planificación del espacio como técnica de la decisión política, apelamos en esta oportunidad a un contrato social urbano como base de la gobernabilidad territorial.

Cuando ese contrato social es inexistente, frágil, incierto o susceptible de ser violentado continuamente, se refuerza la fragmentación social. Las prácticas cotidianas se adaptan a una realidad impuesta por el mercado. Aparecen así

piezas diferenciadas de ciudad que se excluyen y niegan mutuamente. Asistimos a una época en la que la norma son los emprendimientos impulsados por el sector inmobiliario que aseguran el control territorial basado en la necesidad creada del hiperconsumismo, conviviendo con tejidos residenciales en proceso de consolidación, como los asentamientos humanos precarios. Pero tampoco se trata en caso alguno de un fenómeno local. En realidad, estamos ante procesos globales que, en lo urbano, se concretan en la reproducción de la crisis capitalista de sobreacumulación. Las ciudades adquieren su rol en ese escenario que las consolida como espacios reservados para nuevas funciones urbanas: la materialización del consumo facilitada por los centros comerciales, encubiertos como lugares integrados de recreación y habitación.

A todas luces, vivimos la era del urbanismo sin ciudad, donde la noción de “centro” articulador de dinámicas urbanas se ha visto desplazada por la de nodos facilitadores del intercambio comercial. Así, el imaginario urbano relacionado con lo público se traslada al parque de diversiones amurallado, el centro comercial. El no lugar del que habla Marc Augé. Se trata de vigiladas islas de confort que restringen al interior de sus paredes el disfrute de lo público, derecho que queda atrapado en la ilusión de los estilos de vida que vende la publicidad y sus aparatos ideológicos, cuya función es reproducir el estilo sobre la vida, cubriendo su contenido en tanto existencia.

Útil a esos propósitos resulta imprescindible la construcción de un imaginario urbano basado en un habitar-producir-consumir sujeto a las reglas del mercado. Por si ello no fuera suficiente, este imaginario requiere desintegrar el sentido de comunidad para reducirlo al plano del individuo, el consumidor. La masa, el pueblo, se diluye en el segmento de mercado. Estas mutaciones se viven diariamente bajo la forma de procesos urbanos que consolidan ciudades y metrópolis, donde es

primordial diversificar la oferta de servicios, teniendo al centro comercial como principal referente de la interacción humana. Una forma urbana que se basa en la muralla, las garitas de control de ingreso-egreso, y que se nutre continuamente de una vorágine de exclusión.

Mientras tanto, fuera del centro comercial continúan los comportamientos urbanos incívicos propios de una sociedad que no ha alcanzado la madurez que otorga el consenso democrático, los cuales se traducen en acciones diarias de intolerancia, desorganización territorial, caos vial, incertidumbre, violencia criminal. En contraposición al concepto clásico de Lewis Mumford, la “ciudad” se va transformando paulatinamente en la forma y signo de una relación social disfuncional y fragmentada. En ese contexto, nuestra propuesta es ampliar la discusión del hecho metropolitano hacia visiones de consenso, articuladas desde la base social. Solo de esa manera podemos construir un modelo metropolitano capaz de defenestrar el imperio de la ilusión simbólica representada por la marca y la exclusividad. Y esto es particularmente sensible para una metrópoli como la que conforma ciudad Guatemala su área de influencia urbana, cuyo estandarte de expansión se apoya en la privatización de los centros de servicios.

El ejercicio de interpretar la ciudad requiere de novedosas visiones dirigidas a descodificar imaginarios urbanos en continua transición. La planificación territorial, en ese sentido, debe nutrirse de la interpretación de esas representaciones del espacio y organizar la metrópoli con arreglo a la integración social y el respeto a la diversidad, sin que el poder público caiga en el juego de facilitar la imposición en el espacio de jerarquías que aseguren el disfrute de la ciudad de acuerdo al estatus socioeconómico. La necesidad de un urbanismo abierto, cuyo núcleo central sea el “Buen Vivir”, se alza de manera urgente como estrategia de desarrollo

metropolitano, pero también como base de una existencia centrada en el bienestar espiritual y la convivencia, más que en la mera acumulación de bienes, la cultura del shopping y las relaciones humanas mercantilizadas.

Así, el reto para los municipios metropolitanos guatemaltecos consiste en favorecer una conciliación entre el interés general (que no olvidemos, es una garantía constitucional) y la necesaria expansión inmobiliaria, a efecto de facilitar la habitación a todos los conglomerados sociales, sin dejar de ofrecer una arquitectura de calidad, con arreglo al entorno espacial, ambiental y humano. Dotar de servicios e infraestructuras adecuadas a todos los conglomerados sociales y disponer de una red vial funcional, siguen siendo tareas pendientes.

